

su soberanía sobre la Prusia oriental, del que hizo un Estado independiente. Polonia cedió á la necesidad, pero no olvidó sus pretensiones. Pocos años después, concluyó una alianza con Luis XIV, en vista de reparar sus pérdidas y cuando Federico I se hizo proclamar rey de Prusia en 1701, hubo un diluvio de protestas por parte de los más considerables de entre los magnates poloneses.

De esta manera, el reino de Prusia nació en la frontera oriental del reino alemán, en medio de los combates que se libraban en favor de la nacionalidad alemana y de la libertad de conciencia, en oposición completa con Polonia, tanto en el interior como en el exterior. La enemistad provenía aquí de la naturaleza misma de las cosas. Es, sin duda, un espectáculo aflitivo; pero qué puede la piedad humana cuando se trata de los intereses de las naciones? En tanto Polonia estuviera en pié, debía atender á reconquistar Koenigsberg y devolver Dantzig al catolicismo; en tanto que el Brandeburg permaneciera alemán y evangélico, el primer fin de sus esfuerzos debía ser la libertad de la Prusia occidental, á fin de reunir por ella la Marca y el ducado en un mismo Estado.

Tenían los soberanos de Brandeburg una segunda tarea aún más importante que llenar, y ya el fundador de la nueva potencia, el elector Federico Guillermo, había principiado la ejecución; sus Estados eran poco extensos y muy divididos; pero estaban unidos entre sí por relaciones históricas y naturales, por la lengua, la religión y los comunes destinos. El elector, concibió el pensamiento de asegurar la unidad política en el interior como la había ya asegurado en el exterior. Y sus sucesores permanecieron siempre fieles á ese plan. Así mientras en Francia los de Colbert se dejaban de lado á causa de la indolencia de Luis XV, estos se realizaban y aún en mayor escala en el suelo alemán.

Pero el nuevo Estado tomó en Prusia la forma de la monarquía pura, obligado por el mismo motivo que hizo de Inglaterra una monarquía parlamentaria; y que más tarde, hizo prosperar en América una constitución democrática. En todos esos Estados, fué el partido que estaba más animado de las ideas de unidad nacional, de independencia y de abnegación, el que tomó la dirección de los negocios. En Prusia, esta dirección tocó al rey y á sus servidores, mientras que las altas clases se mantenían extrañas por enemistad ó por indiferencia, y que la masa del pueblo continuaba completamente indiferente á la política.

Fortalecido de esta suerte en el interior, dueño

de todas sus fuerzas, por su origen adherido á los grandes intereses de la nación alemana, el joven Estado prusiano, principió á representar sus intereses en el imperio y á sostenerlos contra todo el resto de Europa. El elector Federico Guillermo, luego de haber libertado al Este el suelo de la patria del yugo de Polonia, emprendió casi sólo la tarea de proteger la Alemania occidental y la Holanda, contra el dominador de toda Europa, contra Luis XIV. Sus sucesores continuaron su obra. El rey Federico Guillermo I, hizo marchar de par las dos ideas, de fortalecer la independencia de Prusia y de llenar sus deberes para con Alemania. En fin, Federico II decidió para siempre del porvenir de su reino. Principió en el interior, dando una fuerte independencia á la administración de justicia y desenvolviendo la instrucción pública, y sobre todo, emancipando el país de las trabas de una Iglesia dominante. Lo que el gran Guillermo de Orange deseó establecer en Inglaterra sin conseguirlo, es decir la dirección de los negocios del gobierno, conforme á las reglas políticas y no á las de la teología, Federico lo puso el primero en práctica, abriendo así el camino á la vida nacional é intelectual de los tiempos modernos. Esas tendencias decidieron también su política frente del imperio alemán. La rancia mezcla de formas judiciales, feudales y eclesiásticas se había hecho incompatible con el nuevo espíritu que penetraba en todas las venas del Estado prusiano. Así la ruptura se hubiese hecho inevitable aún en el caso de que el elector de Brandeburg y la reina de Hungría, no se hubiesen disputado la posesión de Silesia. La aguda inteligencia del rey le hizo comprender inmediatamente esta situación. El deseo de aumentar sus Estados se mezclaba con sus planes para la regeneración de Alemania. Su alianza con el emperador Carlos VII se apoyaba en la idea de reemplazar la antigua constitución por una confederación sólida y durable. La guerra que emprendió contra Francisco I de Austria, quebrantó esta constitución con la sola alianza militar de los poderosos Estados del Norte de Alemania; su oposición á José II se terminó con la liga de los príncipes alemanes, liga en la que entraron todos los Estados de Alemania que habían adoptado las ideas modernas. En todo esto, no hay para que hacerlo notar, había tanta ambición personal y prusiano como espíritu y patriotismo alemanes; pero esos dos sentimientos, lejos de contradecirse en Prusia como se contradecían en Austria, tendían por el contrario al mismo resultado; y esto era precisamente lo que daba testimonio en favor



FEDERICO II Y FEDERICO GUILLERMO II CON SUS GENERALES. (De un dibujo y grabado de Chodowicz).



de la actitud tomada por este joven Estado, lo que aseguraba sus esfuerzos un gran apoyo nacional. Toda Alemania miraba como una dicha para ella el que el Norte alemán hubiese reconquistado su fuerza y su vigor.

Ese sentimiento se manifestó durante la vida misma de Federico, en ocasión de uno de los sucesos más importantes de la historia de la nación, la emancipación de la Prusia occidental, hasta entonces sometida á la dominación polonesa.

No tenemos por que describir aquí el primer reparto de Polonia, ni hablar de los medios mediante los cuales se operó, ni las apariencias de legalidad con que quiso cubrirse; no haremos á este respecto más que dos observaciones.

La primera es, que Federico se vió obligado á llevar de ese lado sus proyectos de conquista por el deseo de indemnizar á Rusia del sacrificio que hacía renunciando á Turquía que Austria no quería abandonarle. La segunda, es que Austria estaba poco dispuesta á dar la mano para ese reparto, no sólo á consecuencia de los sentimientos de justicia y de equidad que animaban á María Teresa, sino también á causa de las antiguas relaciones que habían existido entre ella y la república; su repugnancia fué vencida empero, en parte por el temor de dejar á los otros que se enriquecieran solos, y aún tal vez mejor, por una nueva tendencia que entonces se produjo en el gobierno austriaco.

Fué, en efecto, en esta ocasión cuando la política lorenesa, con José II, ejerció por la primera vez una influencia real. En cuanto á las consecuencias que este suceso tuvo para Alemania, bastará que recordemos que por ella se arrancó á un millón de alemanes á una dominación extranjera que les era odiosa y que el primero entre todos los Estados verdaderamente alemanes ganó una extensión territorial compacta y considerable.

Cuando en anteriores tiempos Habsburg se dispuso á conquistar la Borgoña y la Bretaña, Francia entera se levantó como un solo hombre y dió gracias á sus reyes por haber hecho pedazos los tratados jurados; sin embargo, sería difícil decir si el peligro que hasta entonces había amenazado á Francia era más temible que el que hubiese existido para Prusia si el bajo Vístula hubiese continuado bajo la dominación polonesa. Además, las desgracias que habían amenazado las fronteras orientales de Alemania, habían tomado desde principios de siglo un carácter muy diferente. Si la república de Polonia había sido otras veces una vecina peligrosa por su omnipotencia, lo era ahora por su anarquía.

Los partidos que se querellaban en el interior de ese país, no dejaban reposo á los Estados circunvecinos; cada una de las facciones se dirigía á una potencia extranjera pidiéndole su apoyo; la influencia rusa se mostraba cada vez más dominante, muy pronto la fuerza militar se juntó á ella, y, en todo el curso de la guerra de los siete años, el llamado territorio neutro de la república de Polonia, fué el cuartel general, el punto de abastecimiento y la base de operaciones del ejército ruso contra el Norte de Alemania. La Silesia, el Brandeburg, la Prusia Oriental, todo el país alemán comprendido de una parte entre el Niemen y el Vístula del otro entre el Oder y el Elba, estaban igualmente en peligro. Se comprende, pues, cuanto importaba para Alemania ocupar el bajo Vístula.

Era imposible, pues, el dejar las cosas en el estado en que se encontraban, y un cambio radical no podía desgraciadamente operarse de manera alguna ventajosa para Polonia. En nuestros días se ha adquirido la costumbre de gemir por no haber la Alemania robustecido á Polonia mediante una estrecha alianza, oponiendo de esta suerte un valladar á la Rusia. Pero en las circunstancias en que se encontraba entonces se hubiese necesitado ante todo el buen querer de Polonia, cuyo rey estaba completamente al lado de Rusia y cuya nobleza no tenía más que odio por todo lo que llevaba el nombre alemán; además, hubiese sido necesario que todas las fuerzas de Alemania se reunieran para esta tarea, mientras que en la cuestión polonesa, como por otra parte en toda otra cuestión la política austriaca resultaba diametralmente opuesta á la de Prusia. ¿Qué camino era necesario tomar para impedir á los rusos que establecieran sus centinelas en el centro de la Alemania del Norte, y qué soluciones se presentaron para lo que era inevitable? Los sucesos nos lo enseñarán.

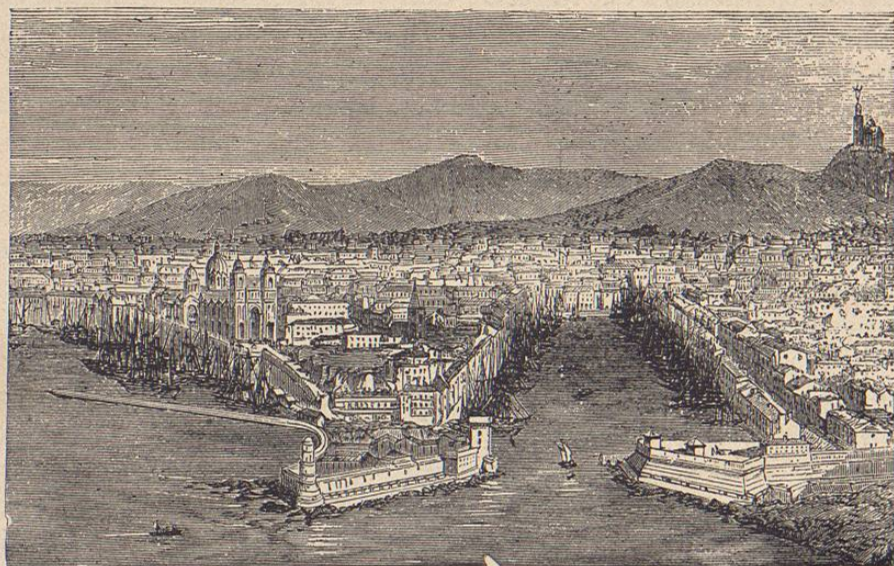
Entre tanto, había principiado para Austria una época nueva, época cuyo primer período apenas ha terminado hoy día. Después de la raza de los Habsburgs que se extinguió en 1740, la familia de los duques de Lorena había subido al trono con el deseo formal de asegurar la unidad del Estado austriaco.

La Lorena y la casa de Habsburg hacía mucho tiempo que estaban unidas por una estrecha alianza y por las mismas aspiraciones. Las dos debían su posición moderna á las guerras de religión del siglo XVI. Un hijo de los duques de Lorena había fundado en Francia la casa de los Guisas, que mejor que toda otra combatió á los hugonotes en las gue-





rras civiles de este país, hasta que llegó el momento de combatir á la misma Francia aliándose con Felipe II de España. Los duques asesinaron en sus tierras á los campesinos protestantes, veinte mil perecieron en un día; luégo se aliaron con Catalina de Médicis, y se apoyó vivamente á los guisas y á los españoles contra el rey Enrique IV. Los borbones no se lo perdonaron; uno de los más ardientes deseos de la política francesa fué arrancar la Lorena á esta familia. Esta no hizo más que unirse más estrechamente, no con Alemania que la había emancipado de las leyes del imperio en tiempo de Carlos V



Vista general de Marsella, en 1789

sonal era poco, dejó casi eternamente á su viril é imperiosa esposa el gobierno de sus Estados hereditarios. María Teresa tenía sobrada perspicacia para reconocer las necesidades de su tiempo por lo que hizo que la organización interior de Austria hiciera grandes progresos. Entonces se vió por primera vez en este país administradores verdaderamente dignos de ese nombre; el ejército sufrió importantes reformas, y el bienestar de los campesinos, verdadera fuente de la fuerza y riqueza de un país, fué objeto de la más activa solicitud. Hasta en los Estados independientes, tales como la Bélgica y Hungría, se consiguió á fuerza de habilidad y de dulzura, quitar á la nobleza una multitud de derechos importantes, al objeto de fortalecer por este medio la influencia de la administración central.

Pero María Teresa tenía sobrada sangre de los Habsburgs en las venas para abandonar enteramente la política de su raza. No fué sino cuando su hijo

en 1542, sino con la casa de Habsburg, que, en especial, durante la guerra de treinta años, no tuvo campeón más ardiente, más determinado que el duque Carlos IV de Lorena, contra el elector palatino, contra Suecia y Francia.

El sucesor de ese príncipe tomó parte en todas las guerras de Austria en Hungría, guerras que arrancaron Pesh á los turcos, y recibió como recompensa la mano de una archiduquesa de Austria. Su nieto, Francisco Esteban, fué el esposo de María Teresa, y, por esto mismo, el sucesor de los Habsburgs á la corona de Austria. Como su mérito per-

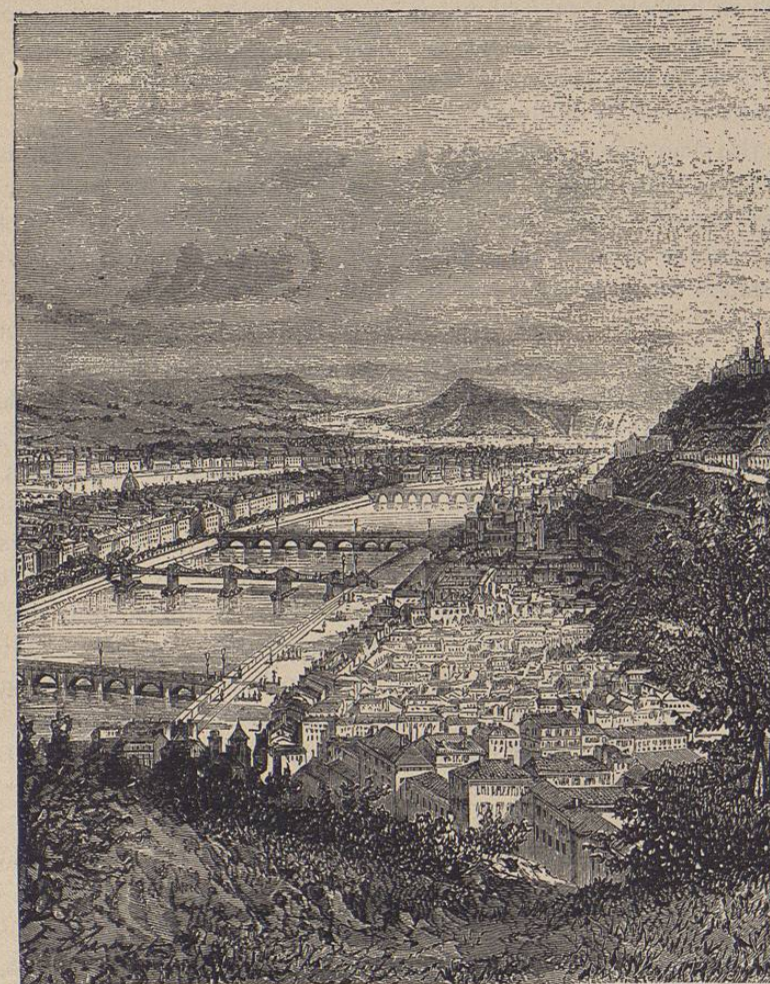
José II, el primer emperador, por decirlo así, de la casa de Lorena, llegó al trono, que el feudalismo cedió su puesto en Austria, de hecho y de forma, á la unidad moderna.

Las leyes que promulgó José son célebres, y á menudo han sido citadas y comentadas. Nadie puede negar que no hubiera en ese príncipe un ardiente amor de la humanidad y un vivo deseo de progreso. Quería sinceramente la felicidad de sus súbditos, y aspiraba con un celo impaciente llevar á su pueblo á un alto grado de libertad, de dignidad moral y de cultura intelectual. No se podría sin injusticia dudar de la sinceridad de sus aspiraciones, pues son manifiestas por pruebas sin número, y él las expresó todavía de una manera bien conmovedora en las desesperadoras palabras que pronunció en su lecho de muerte.

Sin embargo, al lado de esto, vemos á ese filántropo coronado, como gustaba su época de llamar-

le, abolir no sólo arbitrariamente los privilegios de la nobleza y del clero que podían perjudicar al bien público, sino también atacar violentamente y sin contemplación alguna todo lo que de más íntimo haya en la existencia humana, la religión, la lengua, el espíritu nacional. Aún considerando con razón la gloria de su obra legislativa, el haber asegurado la libertad de la propiedad rural, no quita esto que no

persiguiera á los pobres campesinos de sus provincias en lo que sólo les daba alguna vida intelectual, en su fe religiosa. Mientras que proclamaba la igualdad de derechos para los poderosos y los débiles, constreñía á los madgyares y á los croatas á pedir justicia á empleados alemanes en una lengua incomprensible para ellos. En fin, ese mismo príncipe; que, en el interior de sus Estados, no quería reco-



Lyon

nocer otros móviles que la humanidad y la beneficencia, se mostraba en el exterior como un ávido conquistador, en lucha con sus vecinos sobre todos los puntos de sus vastas fronteras, acabando por ensordecir á media Europa con el ruido de sus armas. Injustos seríamos con él si se atribuyese ese aspecto de su política á su sola ambición personal, de la misma manera que se le pondría por encima de su mérito si se buscara únicamente en el amor de la humanidad el germen de sus reformas filantrópicas.

Todas esas contradicciones se explican desde que se sabe el verdadero punto de vista que presidía su política. Si es cierto que se interesaba vivamente para la felicidad de sus súbditos, es cierto también, que sus reformas fueron provocadas por el deseo de aumentar el poder del imperio, más aún, que por el de dar satisfacción á las necesidades de su pueblo. Reconociendo hasta que punto Austria era inferior á Prusia, quería, ante todo, introducir también la unidad moderna en sus Estados, todavía tan impregnados de las costumbres de la Edad media; y,